

---

## CAPÍTULO 48. DESDE LA DECONSTRUCCIÓN Y LA CONSTRUCCIÓN EN CHINA

*Pedro San Ginés Aguilar*  
Universidad de Granada

### RESUMEN

La palabra deconstrucción es una palabra muy usada en nuestra época, sobre todo en el mundo literario y filosófico; sin embargo, está cargada de muchos significados, y a menudo no es más que un eufemismo de destrucción, muy cercano a un mundo violento. Por otra parte, no existe deconstrucción sin construcción, y la historia china ofrece muchos ejemplos. Nos fijaremos en dos periodos: el primero en la época deconstructiva que va desde la época de primavera y otoño (770-476 a.C.) hasta el fin de la dinastía Qin en 206 a.C., y posteriormente un época de construcción que se inicia con la dinastía Han (206 a.C. – 220 d.C.); el segundo periodo de deconstrucción empieza en el S.XIX hasta finales de XX, y el de construcción desde el año 1978 hasta la actualidad.

### DECONSTRUCCIÓN

La palabra deconstrucción ha adquirido un protagonismo, sin duda, fructífero en el mundo actual. No obstante, a menudo se utiliza como eufemismo de destrucción. Esta última es una palabra mal vista, que tiene tintes violentos, por lo tanto evitable. Deconstrucción, por el contrario, aunque pueda ser un mero sinónimo, ha adquirido cierto privilegio, borrando, de algún modo ese sentido de brutalidad, en definitiva, de violencia.

En nuestro caso, podemos afirmar que China conoció dos momentos fundamentales a través de su larga historia de deconstrucción. Intentaremos, pues, recrear ese paralelismo entre estas dos épocas. Se trata, en suma, del largo recorrido que va desde el final de la dinastía Zhou (XI-771 a.C.) hasta la toma de poder de la nueva dinastía Qin (221-206 a.C.), lo que iba a cambiar ese mundo del Imperio del Medio o Imperio del Centro.

Esta primera deconstrucción se produciría durante toda la época “Primavera-Otoño” (770-476 a.C.) hasta la época violenta de los “Reinos combatientes” (475-221) y la toma de poder de la dinastía Qin (221-206 a.C.) que unifica todos los territorios y continuaría su deconstrucción hasta el fin de su Imperio en 206 a.C..

Podemos considerar que la segunda deconstrucción abarca todo el siglo XIX hasta 1911, y la constitución de la primera República China en 1912; así como un segundo recorrido desde 1912 a 1949, cuyo periodo fue, al igual que

durante los reinos combatientes, terriblemente cruel y sanguinario; además, podemos añadir una tercera deconstrucción profunda durante el liderazgo ejercido por Mao Zedong (1893-1976) tras la toma de poder del Partido Comunista Chino y la proclamación de la nueva República Popular de China, como, de nuevo, unificadora de todo el territorio. Este periodo, como muchos saben, empieza con esa proclamación y continúa hasta 1976, año de la desaparición del Gran Timonel.

## CONSTRUCCIÓN

Es cierto que si tenemos periodos de deconstrucción, luego llega, forzosamente, periodos de construcción. Tras el poco tiempo del ejercicio imperial de la dinastía Qin (221-206 a.C.) como unificador de China, la dinastía Han (206 a.C. – 220 d.C.) se constituyó en la verdadera dinastía que construyó los cimientos de lo que iba a ser el Imperio del Medio hasta el siglo XX.

Después de un periodo bastante largo de deconstrucción en la China del S.XX, llega la construcción de la era moderna, que se inicia tras una corta transición presidida por Hua Guofeng (1921-2008), y luego perseguida y realizada durante el mandato y el gobierno de Deng Xiaoping (1904-1997). Esta labor de construcción continúa hasta hoy. La crisis internacional que estamos viviendo será importante en la transformación de China para estructurar un país de futuro.

## SÍNTESIS

Aunque nuestro propósito, en este escrito, es el de aproximar dos periodos, en sí, lejanos, no debemos olvidar que en toda deconstrucción aparecen, igualmente, las raíces de una construcción; y que toda construcción se realiza sobre los restos de la deconstrucción; y que, en definitiva, quizás sea más justo hablar de reconstrucción, puesto que al fin y al cabo, en lo más profundo de cualquier cultura, permanecen vivos ciertos códigos e imágenes culturales que vuelven a manifestarse. Para que éstos fenómenos no vuelvan a la superficie, estaríamos entonces, no ante una deconstrucción, sino ante una destrucción total o final; es decir, un aniquilamiento. Para que eso sea posible, es necesario acabar con toda una cultura, en suma, acabar físicamente con un pueblo entero.

## HOY

China ya no es exótica, ni una cultura lejana, ni una desconocida, es, ante todo, un mundo vivo y que genera sentimientos encontrados: China es un inmenso país con una cultura rica y profunda; y por otro lado, es un lugar con problemas graves de contaminación, de falta de libertad, de picaresca, de un cierto desorden económico interior que provoca bastante inquietud entre sus habitantes y los de fuera...

China desorienta; por un lado es visto como una nueva potencia silenciosa y por otro, va rompiendo los esquemas, las imágenes orientales que teníamos del coloso asiático. Al ser más cercana, también se produce un choque cultural que obliga a nueva forma de interpretar el mundo actual. Este gigante, aún muy debilitado por zonas pobres de su territorio, se presenta de igual a igual ante los grandes de siempre; no sólo de Estados Unidos, sino de Europa y Rusia. Por supuesto, igual ocurre con la India, aunque se la considera más próximo a nosotros. Es, no cabe duda, un fenómeno curioso, extraño, aunque fascinante.

La China que conocemos hoy es la que está en África, en América latina; que compite a escala internacional con los grandes poderes económicos. Pero, también se la encuentra en todos los foros mundiales, en sus organizaciones, e invierte en los países considerados poderosos y ricos.

China ya no es el “enfant terrible”, es un país que desea participar en las decisiones fundamentales de nuestro mundo, y así se manifiesta. China es un competidor temible para las grandes empresas multinacionales, produciendo un gran malestar de aquellos con más dificultades competitivas. Ha obligado, en cierto modo, a que todos los países se readapten a la nueva configuración económica del planeta.

China, en cierto modo da miedo. De repente un gigante aparece en el horizonte y obliga a cambiar las reglas de juego. Por ello, en general, la información, aunque a menudo veraz, que nos llega siempre se refiere a fenómenos negativos. Lo pudimos presenciar antes y durante los juegos olímpicos de Beijing del 2008: el problema no resuelto y reiterativo en torno al Tíbet; el atentado en Xinjiang; un muerto en la Plaza Tian'anmen...

China es ya una realidad presente, con sus tiendas baratas; sus restaurantes, sus niños adoptados; los clubes o asociaciones de Artes marciales; el Taiji; las medicinas alternativas como la acupuntura...

Poco a poco, a lo largo de estos años, su imagen ha emergido fuerte e impactante; aunque, cierto es, y como ya hemos subrayado, no siempre a su favor. Todo se mezcla, lo bueno, lo malo y lo raro. Su desarrollo económico ha sido fulgurante y, en cierto modo, anárquico; junto al desarrollo indio, han hecho saltar todas las relaciones económicas internacionales. El gigante asiático, parece ser ya la segunda potencia económica del mundo, superando a Alemania

y Japón. Todos quieren, ahora, seguir este caballo ganador, todos quieren comerciar, relacionarse con esta nueva potencia.

Pero ¿qué es China? ¿Un tigre de papel? ¿Un gigante con pies de barro?

Por supuesto, es mucho más, una historia trágica, dramática, inventiva, increíble, con una cultura muy profunda. China se ha ganado su sitio a pulso, con mucho trabajo y sacrificio; aunque, como ya sabemos, todo lo que reluce no es oro. El país ha dado un gran salto adelante, lo que no pudo conseguir Mao (1893-1976) en los años cincuenta, sino con Deng Xiaoping (1904-1997). Porque en definitiva, Mao no fue, en realidad, un constructor, sino un destructor. Fue el artífice de la liquidación del viejo imperio. Y como toda revolución, que es, en el fondo, una forma singular de guerra, se hizo a sangre y fuego, puesto que, como decía el Gran Timonel, el poder estaba en la punta del fusil; y así ocurrió y fue.

Está claro que un día sabremos la verdadera historia de sangre y lágrimas de los chinos, para, que por fin, se pudiera construir, sobre las ruinas del pasado, el presente que es ya futuro. Para conocerla, la historia necesita de un tiempo bastante largo de reflexión y de distanciaci3n, teniendo en cuenta el peso de los protagonistas a3n vivos, para que los estudios sean m3s objetivos y m3s cercanos a lo ocurrido; pero eso lo har3n los j3venes intelectuales chinos de segunda y tercera generaci3n, y los no chinos, nuevos protagonistas del presente y futuro hist3rico.

La visi3n de los protagonistas o de los descendientes directos no es fiable sino en su interpretaci3n de los hechos y de sus actuaciones y consecuencias. Es a menudo reduccionista. La memoria necesita de una distanciaci3n b3sica para que tienda a una cierta objetividad y pueda entresacarse e interpretarse las razones de forma, quiz3s, m3s objetiva, aunque el debate siempre ser3 amplio y general.

## OCCIDENTE

Una de las palabras complejas que utilizamos, sobre todo cuando no nos viene otra adecuada, de forma indiscriminada. Es un comod3n 3til, pero lleno de dudas y, a menudo, incomprensible. Es necesario, realizar una deconstrucci3n de su uso. Muchas veces se usa de manera negativa, siempre en contra de. Los europeos la usan, unas veces no reconoci3ndose en ella, m3s relacionado con estados Unidos, y otras como una forma de queja de su pasado. Los no europeos, con frecuencia, la usa como algo demon3aco, como un mundo que debe desaparecer; lo cual significa que los dem3s mundos son lo bueno y beneficioso.

Sin embargo, occidente no es s3lo colonizaci3n. Numerosas culturas, sino todas, han protagonizado en su historia ciertas formas colonizadoras. Por

otro lado, el racismo y la xenofobia que, igualmente, muchas culturas han manifestado en su mundo interior, no son sólo la expresión de occidente, sino también ha sido protagonista de la democracia, la libertad de expresión, los derechos del hombre, de la mujer, del niño; y, por supuesto, la lucha contra el racismo, la xenofobia y el genocidio...

¿Quién pertenece al mundo occidental? ¿América, Australia, Canada, Japón; Taiwan; Corea del sur... Es decir, los países democráticos cuya libertad de expresión y organización permiten y protagonizan sus propias críticas y autocríticas...?

## ORIENTE

Muy parecido a la palabra occidente, oriente tiene su propio mundo de interpretaciones de todos los colores. Por un lado, representa países atrasados para unos, y perseguidos para otros. Los unos entran en un universo de exotismo y retraso, y para otros, de culturas profundas y eternas.

Está claro que tenemos un problema de comunicación y de representación del mundo. En realidad oriente y occidente es la unidad de un mundo donde es difícil, hoy día, definir lo que es uno y otro. Podemos situar a cada uno desde un punto de vista geográfico, pero no desde un punto de vista histórico y cultural.

El gran problema, en el mundo global como el nuestro, es volver a definir las palabras que se ajusten a la realidad de hoy. ¿Por qué un joven chino, japonés, iraní, somalí, camerunés,... se sienten más atraído por el rock, el vaquero, por el mundo de la informática, la moda, los mangas, por el cine de Hollywood y Bollywood, etc.? Algo, pues, les une, y sólo temen esa internacionalización los gobiernos y poderes que creen ver perder las bases y fundamentos de sus existencias, con la excusa, por cierto, de las diferencias culturales.

## LA VIOLENCIA

La deconstrucción ha podido realizarse fundamentándose en el uso de la violencia. Destruir el pasado para, de este modo, construir un ideal sobre las ruinas de lo viejo. Los diferentes periodos de esa China eterna utilizaron la violencia como medio de hacerse con el poder supremo para unir a todos los territorios bajo una misma bandera. Por supuesto, esto sería no sólo válido para aquél país sino para la historia misma de la humanidad.

El que ha sabido utilizar con más habilidad esa violencia como arma final de todas las relaciones políticas ha triunfado, mal que nos sienta o pese. La

dinastía Qin (221-206) pensaba que con el uso de la guerra podría transformar ésta en una “paz eterna”. Quizás sea lo que se ha llamado la “paz de los muertos”, de las víctimas, de todos aquellos que nunca más podrán pronunciarse.

Milenios después, en la China del siglo XX, también Mao Zedong (1893-1976), máximo representante del Partido Comunista, creía que tras el sufrimiento y la muerte de millones de personas, la paz se aseguraría para siempre. Sin embargo, tras la proclamación de la República Popular China, todavía le quedaba, a la población china, años de sacrificios y tragedias.

Cada cultura estructura sus códigos y sus imágenes de forma distinta, de tal modo que, al fin y al cabo, puedan ser aceptadas todas las formas de actuación, y la violencia entre ellas; por supuesto en nombre de la “Paz” o al fin de alcanzar esa paz largamente anhelada. La cultura china ha estructurado su mundo colectivo en torno al *dao* como unidad de un todo armónico, formado por dos elementos contrarios representado por el *yin* y el *yang*. Todo *yin*, a través de un proceso se transforma en su contrario *yang*; y éste, a su vez, vuelve al primero. Por lo que podríamos interpretar el hecho de que si la violencia se lleva a cabo hasta el final, ésta se transformará en su contrario, es decir, en paz.

Sin embargo, uno se pregunta, si todo eso vale la pena, con tanto sufrimiento, guerras y muertes para llegar a esa paz tan apreciada. Algunos especialistas creen que después de tanto tiempo de conflicto en la China antigua, la población se redujo en un 40%. No sabemos el número de víctimas durante todo el periodo que va desde la constitución de la República China en 1912 hasta la muerte de Mao en 1976. No cabe duda que la cifra, cuando se pueda cuantificar, pondrá los pelos de punta. Algunos consideran necesarios o justifican estos periodos destructores; mientras otros prefieren sacar la lección de todos estos acontecimientos para que nunca más vuelvan a ocurrir. Sin embargo, la historia es testaruda y estamos lejos de que la humanidad llegue a nuevas pautas pacíficas.

Es curioso como la paz tiene tan poco sinónimos, mientras la violencia se disfraza de todo tipo de categorías: guerra, guerrilla, terrorismo, revolución... Aunque, cierto es, en cualquier periodo de paz, ésta misma se ve acosada por todas partes. Es curioso como algunos aceptan la violencia de unos y condenan la de otros; cuando en realidad lo uno nutre al otro, y hace que ésta continúe hasta la extenuación final.

Nuestro mundo actual de paz está lleno de acontecimientos violentos y sufrimientos continuos. Algunos, quizás, podrían decir que la paz no existe, sino frente a la violencia. Nuestro tiempo turbulento por enésima vez entra, en esta coyuntura de crisis profunda, en un periodo de muy poca tranquilidad y paz.

## EL MUNDO CLÁSICO

Cuando en el 221 a.C. el primer emperador Qin (221-206) unificó el Imperio del Centro, desaparecía un universo antiguo. Terrible episodio de destrucción... Los legistas Shang Yang (s. IV a.C.), Shen Dao (s. IV a.C.), Shen Buhai (s. IV a.C.), y el sintetizador de todas estas ideas Han Fei (280-233) son sus máximos exponentes.

Frente a los ritos, las costumbres y las tradiciones, los legistas propugnaban el concepto de ley como referente, a la que todo individuo estaba sujeto a su obediencia. Aunque fuera una idea novedosa e interesante, al final, sólo fue la ley del poder político; por lo que éste, al fin y al cabo, no estaba o no se sentía sujeto a ella. Los pensadores chinos de la antigüedad no habían o no podían alcanzar el hecho de que para que la ley sea eficaz e igual para todos, debía estar separado del poder político; y que éste, igualmente, debía estar sujeto a ella, y era, además, su garante.

Por lo tanto, la ley, estando sujeto al poder político, sólo defendía a éste. En ningún caso protegía a la población en su conjunto, sino todo lo contrario. Fueron perseguidos los ritos antiguos tan defendidos por Confucio (551-479), como normas básicas para la regulación de la vida en sociedad. Los ritos eran, pues, un regulador o un estabilizador de la vida social. Al romperse los fundamentos rituales es toda la sociedad la que entra en un mundo desequilibrado, por supuesto, unido a un pensamiento único: la ley imperante del poder con capacidad de cambiar en función de los objetivos y necesidades propias.

La sociedad, en esa deconstrucción, se queda sin referente, sino sujeta a los cambios de humor del poder establecido, y que sólo puede reinar sino a través de la violencia. Para completar el cuadro, en el 213 a.C. tuvo lugar la famosa quema de libros; entre ellos los libros confucianos, dejando a un lado, los de inspiración legistas; en los que encontramos fundamentos del poder nuevo que se iba a establecer.

No obstante, la deconstrucción lleva consigo el anhelo de una nueva construcción: normalización de la escritura, de los pesos y medidas...

Una vez realizado esta enorme deconstrucción, el poder mismo de Qin (221-206) duró poco tiempo, y fue substituido por la dinastía Han (206 a.C. – 220 d.C) que duró más de 400 años en el poder, y el verdadero artífice de la construcción cultural china, que duraría hasta el siglo XX.

La dinastía Han necesitó de un referente ideológico que aunara los esfuerzos de todos los pueblos que, ahora, tenían que convivir juntos. Sólo el confucianismo podía resolver esta papeleta ideológica. Y lo que fue, en cierto modo, un pensamiento fracasado en su época, se convertiría en el valor más seguro. El legismo y otros pensamientos de la antigüedad iban a desaparecer de

un primer plano; aunque se introduciría, de algún modo, en las interpretaciones mismas del pensamiento confuciano.

El confucianismo ya no era el de las conversaciones de Confucio con sus discípulos, sino una mezcla de pensamientos en torno a éste. En suma, el confucianismo, no es en realidad una religión, sino que es una forma de adaptación a un estado construido. Por ello, será más bien un pensamiento reivindicado por los funcionarios que, como intermediarios entre el poder y el pueblo, debían tener un código ético, o reglas de juego, adaptado a su ejercicio.

Esta nueva dinastía constructora, no destruirá todo lo realizado por la anterior dinastía destructora, sino que la asumirá dentro de una política más amplia y abierta. El confucianismo se iba a convertir en ideología del estado, y algunos pensamientos, muy singulares, iban a continuar manifestándose, como lo fue el daoísmo. El confucianismo, tan perseguido en la época anterior, iba, por fin, a ser el centro de la construcción de este nuevo poder.

La historia del confucianismo es interesante, puesto que siempre vivirá altibajos. Siempre criticado, y siempre presente y recuperado. Y como hemos subrayado más arriba, en China, este confucianismo sería y será capaz de mezclarse a cualquiera de otras formas de pensamiento.

A partir de la dinastía Han, el eclecticismo será un herramienta poderosa que conciliará los diferentes pensamientos. El neoconfucianismo posterior representaría esta forma de pensar, y como núcleo de la cultura china. Las reflexiones actuales en torno a un nuevo confucianismo, podrían reflejar estos procesos culturales típicamente chinos. Aunque, quizás, no sea sólo un fenómeno propio a esta cultura, sino a todas las culturas capaces de abrirse al mundo y de pluralidad de pensamientos. De lo que estamos diciendo podríamos subrayar el carácter peculiar del eclecticismo, así como su valor en la construcción de un mundo más libre.

Un antecedente, igualmente interesante, es el fenómeno que protagonizó el budismo en China. Este pensamiento extraño, en un principio, en China iba a convertirse en uno de sus mayores componentes culturales. China asumió, como suyo, una idea externa, la interpretó y la transformó. Con su capacidad sintetizadora se convertiría en parte destacable del neoconfucianismo.

Tras la caída de la dinastía Han, China, vivirá una y otra vez, periodos de deconstrucción y de construcción, aunque dentro de unos códigos compartidos por todos. Los periodos de división y unificación serán los rasgos peculiares de la historia de aquel país.



## EL MUNDO MODERNO

Desde que en el siglo XIX los reformistas como Kang Youwei (1858-1927) y Liang Qichao (1873-1929) quisieron reformar el país desde dentro, China inició un camino singular y propio. No obstante, no era una época de construcción como lo pretendían ambos representantes del reformismo chino.

Estos reformadores, sin duda alguna, pretendían hacer como los japoneses de la era Meiji (1867-1912) y construir, desde arriba abajo, un nuevo estado capaz de adaptarse a las nuevas circunstancias históricas. El mundo se iba a abrir y globalizar, por lo que una nueva forma social de organizarse debía producirse. No cabe duda que una estructura democrática era la más adecuada.

La era Meiji (1867-1912) fue, pues, una revolución pacífica muy profunda que afectó a todo el mundo japonés. Lo interesante de este periodo es que se fundamentó en la reforma y no en la liquidación de un pasado. La deconstrucción fue pacífica y acorde con la construcción o la adaptación del país a un entorno nuevo.

Si nos atenemos a lo que he podido argumentar hasta el momento, es de subrayar el hecho de que fenómenos que representan, en principio, violencia puedan ser utilizados, igualmente, desde el punto de vista pacífico, como lo es la palabra revolución, pero que podemos extender a guerra incluso. Las democracias funcionan de forma parecida; las batallas, las guerras, las peleas deben resolverse pacíficamente en el parlamento, lugar de encuentro entre las diferentes opciones; y sólo el pueblo es soberano con la elección de aquellos que deben asumir el poder legítimamente.

El final del mundo dinástico iba a desaparecer, y los reformadores fracasaron, por lo que el país se dividió, de nuevo, en territorios gobernados por los denominados “Señores de la Guerra”. Desde la vía pacífica el país entró en un proceso complejo de guerras internas y externas. No sólo los chinos se enfrentaban entre sí, sino que también debían enfrentarse a la colonización exterior que venía de Europa; luego dos nuevas potencias, Estados Unidos y Japón, surgirían en este panorama desolador, trágico y caótico.

Desde mi punto de vista, Japón vio una oportunidad para hacerse con el poder en China. La historia peculiar del gigante Imperio del Centro hace que éste, en ocasiones, había sido gobernado por supuestas dinastías “no chinas”, como lo fueron la dinastía mongola o dinastía Yuan (1271-1368); así como lo fue la última dinastía china “manchú” que gobernó el país desde 1644 hasta 1911. Ese Japón renovado, cuya cultura comparte con China, intentó utilizar esta última dinastía que desaparecía de China y creó, utilizando el nacionalismo, un reino propio “manchú”.

Pero los procesos históricos son curiosos y testarudos; y ahora que Japón podía alzarse como nueva dinastía china, el entorno se estaba transformando, y ya no estábamos en un mundo dividido, sino

internacionalizado. No cabe duda que la globalización aparece en esa época. Son los internacionalistas los primeros que abrieron las puertas del mundo y de las naciones, frente a nacionalismos agresivos.

La globalización no es en absoluto un producto de la derecha, sino más bien de la izquierda, de la internacional. La aparición en 1917 de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) es uno de estos productos históricos que iban a cambiar el mundo.

Aquel mundo iba a entrar en una dinámica y una espiral de violencia descomunales. La deconstrucción del pasado colonialista y nacionalista empezaba, sería guerra o revolución. Estos dos fenómenos se unieron en un caos dramático.

Si los reformadores habían fracasado en China, una nueva esperanza llegaba de la mano de un nuevo contendiente nacionalista propio a china: el Guomintang (KMT) fundado por Sun Yatsen (1866-1925).

China entraba, de hecho, en el mundo. Se apropió de pensamientos externos a su cultura y los asumió como suyos. Se deseaba una democracia de tipo occidental que funcionara en el país, pero todo fue en vano. Los acontecimientos internacionales iban a definir el porvenir de las naciones, y China estaba en medio de ese inmenso lío.

China no tenía salida, estaba en una espiral de degradación continuada. El Partido comunista se creó en 1921 y fue tomando fuerza, sobre todo tras la muerte de Sun Yatsen en 1925.

Todos los acontecimientos de la época eliminaba del tablero al Partido comunista. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario con el acceso del poder al mismo del Presidente Mao Zedong (1893-1976).

Mao, al igual que el último emperador de la dinastía Qin (221-206), supo utilizar la violencia en beneficio propio. Y el Partido pasó de ser ninguneado al poder supremo de ese Imperio eterno. Con él la deconstrucción de China se iba a manifestar en toda su crudeza.

Ya en mayo de 1919, los jóvenes intelectuales chinos se manifestaron en la célebre Plaza de Tian'anmen en contra de los tratados desiguales y la debilidad china. Una conciencia nacional se hacía cuerpo, asumiendo, como ya lo hemos dicho, conceptos externos a su cultura. El debate fue inmenso y diverso, representado por dos importantes intelectuales de la época; por un lado Luxun (1881-1936) reivindicado por el Partido Comunista y Hu Shi (1891-1962) más próximo a las tesis del Guomintang de la época.

Con la toma del poder absoluto del Partido Comunista Chino en 1949, el país iba a dar un giro descomunal. Un nuevo periodo se abría. China, por fin y de nuevo, estaba unida. Los señores de la guerra habían desaparecido y Japón había sido sacrificado con bombas atómicas.

El mundo se dividía en dos, y las luchas continuaban de otro modo, dentro de un mundo en "paz". Dos nuevas potencias se habían repartido el

mundo: La URSS y Estados Unidos. De forma simplista, podríamos decir que la izquierda apoyaba a la URSS, y la derecha a estados Unidos.

Sin embargo, en la izquierda dos conceptos internacionalistas se iban a enfrentar. Por un lado el de Stalin (1878-1953), y por otro el de Mao que, era, curiosamente, muy estalinista. Tras la muerte del maestro de Mao, las dos partes iban a dividirse, y China empezó su camino en solitario.

La Internacional, de hecho, desapareció, y esta división iba a tener un efecto letal, con la caída del muro de Berlín en 1989. Los movimientos del 68, como los de París son el retrato de este fenómeno.

La deconstrucción de China se manifestó a través de los grandes movimientos producidos desde el poder. El Partido Comunista era el único y legítimo. No existía, pues, oposición, sino reaccionarios y bandidos...

Las contradicciones se manifestaban en el seno mismo del Partido, y las luchas iban a emerger del mismo. Mao fue eliminando a sus adversarios, ante todo, a través de esos movimientos de masas de abajo arriba. Los movimientos más destructores fueron el Gran salto Adelante (finales de los 50 y principio de los 60) y la Gran Revolución Cultural (1966-1976), sin contar otros anteriores como el de que “se abran cien flores y compitan 100 escuelas”.

Ni se abrieron cien flores, ni compitieron cien escuelas.

El Gran Salto Adelante acabó en fracaso, y el salto tan esperado no se produjo en absoluto. La hambruna hizo su aparición, y numerosos chinos murieron. Una idea se había propagado, era la de la revolución en la revolución; es decir que la violencia debía producirse, incluso, en el transcurso de la revolución que estaba en marcha. El confucianismo ya no era una referencia cultural, era, más bien, un concepto a eliminar.

La Revolución cultural prosiguió lo iniciado durante el Gran Salto Adelante, pero desde la intelectualidad. Muchos debieron ir al campo, y ese fenómeno trajo consigo muchos suicidios y desgracias. Se condenó la cultura burguesa occidental y la cultural antigua propia. La deconstrucción era total, se destruyeron monumentos antiguos, bibliotecas, libros, todo lo considerado viejo, para recibir al mundo nuevo. Pero éste no existía y el caos fue brutal.

La muerte de Mao en 1976 acabó con este desaguisado trágico, y Deng Xiaoping (1904-1997), a partir de 1978, iba a tomar las riendas del Partido y del país. Un nuevo periodo iba a nacer, y fue el de la construcción de un nuevo estado.

La construcción se manifestó con las teorías de “Gato blanco, Gato negro” lo que importa es que cace ratones; “un país, dos sistemas” y las “cuatro modernizaciones”. Le devolvió la dignidad a su pueblo, y China fue recibida, como uno más, y paulatinamente, apareció en el club internacional. Charles De Gaulle 1890-1970) y, posteriormente, Richard Nixon (1913-1994), y aquella política del “ping pong”, fueron protagonistas de estos acercamientos.

Cierto es que China ya había sido aceptado en la ONU, y su lengua se convertía en una de las seis lenguas de trabajo de este organismo. Habían logrado formalizar una escritura fonética ingeniosa “pinyin”. El mundo sinológico lo iba a usar, poco a poco, haciéndolo suyo.

Por fin, en esa construcción, el confucianismo hacía de nuevo su aparición. Se recuperaba su gran tradición cultural del pasado, sin menos cabo de participar en las relaciones internacionales y compartir culturas con las demás naciones.

El sueño de aquellos jóvenes, entre ellos Mao (1893-1976), se estaba realizando, China se situaba entre los grandes, siendo, en la actualidad, al parecer, ya la segunda potencia económica mundial. El proceso pacífico del país había tenido más rendimiento para el país que los convulsos fenómenos de masas.

Al igual que ocurre con los demás países del mundo, China está en crisis, y veremos si la gran marcha que emprendió en 1978 con su líder Deng Xiaoping (1904-1997) al frente, concluye exitosamente. China ha cambiado totalmente; ya no es ese país de la pobreza y del exotismo, ya no es el de las grandes convulsiones. El país va recuperando el orgullo de su pasado, y con él puede enfrentar el presente.

Claro está, ningún país está a cubierto de las desgracias y las tragedias. China ha vivido muchas en su larga historia, y siempre ha salido adelante; ahora tiene una nueva oportunidad y la está cogiendo. Numerosos problemas le aqueja en la construcción de un país moderno y avanzado. La incógnita está en el Partido Comunista Chino, protagonista de estos cambios, y sus contradicciones internas.

1989 fue una advertencia; sin embargo China continuó su camino adelante. En aquel año, 70 años después de la que se produjo en Tian’anmen, y 40 años tras la proclamación de la República Popular China, los jóvenes volvieron al primer plano. Para unos, la persecución y la finalización trágica de las protestas produjeron un retroceso de las libertades. Para otros, este fenómeno era un aviso, puesto que ya no hay parón para la transformación y las reformas necesarias de China. Dentro de poco, 20 años habrán transcurrido desde aquellos acontecimientos.

En un artículo en el país, del 26 de noviembre de 2008, Enrique Fanjul habla de “democracia gradual” en China. No sólo es un título sugerente, sino que, desde mi punto de vista, responde a una realidad. Si China ha sido capaz de pasar de un país atrasado en uno avanzado económicamente, por qué no puede hacerlo en lo demás campos, como lo es la libertad de expresión, la democracia, los derechos individuales y humanos...

Pienso que, así como ocurrió con aquellos jóvenes de 1919, los de 1989 serán los vencedores, porque se adelantaron a los tiempos, y sus exigencias de

libertad, tarde o temprano se verán compensadas. Pero todo ello depende de los propios chinos, y sólo ellos decidirán de su futuro.

China, en unos años, ha abierto Institutos Confucio por el mundo, con ese afán de estar presente, y recuperar el tiempo perdido. Entre los intelectuales chinos, y los sinólogos del mundo, se está debatiendo en torno a la figura de Confucio y la posibilidad del resurgir de un nuevo confucianismo.

¿Será posible? ¿Cuáles serán esas reflexiones?

No cabe duda que desde las primeras reflexiones de los reformadores chinos como Kang Youwei (1858-1927) y Liang Qichao (1873-1929), y filósofos como Feng Youlan (1895-1990) se ha recorrido un largo camino que conduce a nuevas preguntas y sugerencias.

Como siempre, ese nuevo confucianismo será una mezcla ecléctica, dentro de las tradiciones chinas y las aportaciones de otras culturas, sobre todo las de nuestro tiempo. Las que se van creando en el presente, día a día.

¿China será capaz de realizar su gran transformación que está ocurriendo de arriba a abajo? ¿desde el poder mismo? ¿desde el partido único?

Por supuesto, ese cambio no será la que podamos sugerir, sino el que los chinos decidan.

## INTERIOR EXTERIOR

Para entender lo que está pasando en ese populoso país es, pienso, necesario conocer el concepto en torno al binomio interno/externo, que se manifiesta en la tradición antigua china, así como en las interpretaciones marxistas de Mao Zedong (1893-1976). En esta relación, lo fundamental y decisivo es lo interno frente a lo externo, puesto que éste, en suma, se manifiesta en aquél.

De este modo, China siempre ha sido consciente de que el futuro dependía, ante todo, de ellos. Lo que significa que cualquier país puede ser ayudado, pero el principal esfuerzo recae en uno mismo. China ha demostrado su capacidad histórica para superar contradicciones; sus jóvenes, en todos los campos acuden a todos los eventos culturales, científicos e intelectuales. En definitiva, han salido de un mundo cerrado y están presentes en el nuestro, abierto. El cambio se ha consumado en unos 60 años, pero los nubarrones que nos asechan a todos producirán más transformaciones de las que no podemos todavía hacernos una idea.

## EL PAPEL DE LAS CULTURAS

Para terminar este breve recorrido de una China dinámica, quizás nos quede por reflexionar sobre las culturas y su papel. Lo interesante de la historia China es que siempre había asumido su pasado; y con su capacidad sintética, había mantenido un rumbo cultural en torno al concepto de “dao”.

No cabe duda que esa cultura del “dao” ha permanecido y se ha extendido más allá de sus fronteras. La idea de que una cosa no puede vivir sin su contrario ha sido básico, y quizás la base para construir una democracia propia, y la aceptación de ideas encontradas que se manifiestan a través de la libertad de expresión.

Las culturas no son depósitos inamovibles, sino memorias que almacenan los actos, las decisiones y las propuestas hechas por sus protagonistas. Las culturas no son sistemas cerrados, y no tienen que ser antagónicos entre sí, sino en razón de intereses singulares de los distintos poderes.

Diría, ampliando mi pensamiento, que sólo hay una cultura universal que está formada por un mosaico de culturas. Todos podemos acceder a ella y elegir aquello que más nos conviene.

Además, complementaría, diciendo, igualmente, que sólo existe un pensamiento universal formado por un mosaico de pensamientos distintos. Todos se complementan, y sólo aquellos que quieran usarlos como armas las hacen antagónicas. Sólo hay pensamiento único cuando se prohíbe, en nombre de esa misma cultura y el nacionalismo, el libre pensamiento, y el respeto a los demás.

Las diversas culturas nacieron y se desarrollaron en ciertas condiciones y ciertos lugares para responder a las necesidades de las poblaciones, y para ellas existen, pero no pertenecen en exclusiva a esas sociedades, sino a los que quieran servirse de ellas por sus afinidades.

El mundo es complejo, y todas las culturas son válidas y nos enseñan siempre algo. Lo que una cultura no ha planteado, otra la ha desarrollado, por lo que todas son útiles y necesarias. No son patrimonio de nadie, sino del ser humano en su conjunto, de todos nosotros.

Todas las culturas deben proteger su patrimonio, pero no usarlas en contra de los demás. Ese egocentrismo de que tanto se habla y se repite, no tiene, luego, una respuesta aceptable y adecuada en la enseñanza y en el conjunto de las actividades sociales.